

En medio de este clima de optimismo, llegó el golpe de estado de Primo de Rivera. Tras unos meses de relativa calma, adoptaron la primera medida contra el euskera: el 1 de enero de 1924 se decidió suprimir la partida de dinero destinada a pagar las nóminas de los profesores de la cátedra. Esta circunstancia no impidió que Gandariasbeitia siguiera con sus clases. Eso sí, formuló varias instancias solicitando su paga: la primera la envió en febrero de 1924, y otras tres durante el siguiente año. La única respuesta a estas peticiones fue una presión constante contra su persona que culminó con su destitución en noviembre de 1925.

Gandariasbeitia, sin embargo, siguió exigiendo sus derechos: cobrar por el trabajo realizado y la posibilidad de ser recolocado como docente en otro centro. Finalmente, tras dejar Kirikiño su plaza, la Instrucción Pública decidió concederle la titularidad de la misma. Este fue el modo en el que Mikel Arrutza perdió la plaza que se le había concedido pocos meses antes.

El empuje femenino: Emakume Abertzale Batza

Antes de continuar hemos de señalar que a partir de 1926 el Instituto de Bilbao cambió de nombre y de sede. El Ayuntamiento tomó la decisión de trasladarlo a Indautxu y de rebautizarlo con el nombre de Alfonso XIII. Sin embargo, éste iba a ser el primero de los muchos cambios que iban a sucederse durante los siete años de dictadura. Como venía sucediendo desde hacía décadas, Bilbao seguía extendiéndose en superficie y en número de habitantes.

A veces sucede que un cambio político brusco puede propiciar beneficios inesperados. Esto fue lo que sucedió en Bilbao con la dictadura de Primo de Rivera. El Ayuntamiento se dio cuenta de que era el momento adecuado para la anexión de las repúblicas de Begoña y Deusto y no perdió la ocasión. De este modo, a partir del día de navidad de 1925, las dos anteiglesias perdieron la soberanía administrativa y política que habían conservado durante siglos.

Con la anexión de los nuevos territorios, el Ayuntamiento emprendió una serie de proyectos destinados a mejorar las infraestructuras urbanas. El resultado de estos proyectos se pudo apreciar en una serie de cambios significativos: el tendido eléctrico llegó a muchos barrios y sustituyó definitivamente a la iluminación de gas, se procedió a asfaltar calles y a empedrar aceras, y se extendió el servicio de agua corriente y recogida de basuras a gran parte de la ciudad. Bilbao estaba cambiando a gran velocidad. Tanto, que los cambios afectaban hasta a los atuendos de sus habitantes y empezaba a ser corriente ver a mujeres vestidas con pantalones paseando por las calles.

Pero, a pesar de todo, Bilbao seguía siendo una sociedad marcadamente clasista, en la que el reparto de roles se apreciaba tanto en el aspecto material como en el terreno de las costumbres. Una de éstas, el paseo dominical, nos puede servir de ejemplo. Era habitual que el último día de la semana los bilbaí-

nos acudieran a la Gran Vía para encontrarse con sus amigos mientras daban un paseo. Esta tradición era del gusto de hombres y mujeres de todas las edades. Sin embargo, era impensable que durante el paseo se mezclaran distintas clases sociales. Se podría afirmar que había una ley no escrita por la que a cada clase social se le asignaba el espacio físico en el que debía transcurrir su paseo. De este modo, el paseo de las clases populares transcurría entre los escasos doscientos metros comprendidos entre la Alameda Mazarredo y la pastelería Arrese. En este mismo espacio, pero en la acera opuesta, otro tipo de gente repetía la costumbre del paseo: era la burguesía local, que domingo tras domingo se reunía en ese punto para charlar de sus negocios y de sus vidas. En la zona de Arrese, como hemos señalado, confluían mozos, estudiantes, oficinistas, niñeras y criadas tratando de aprovechar su día libre del mejor modo posible. Este retazo de conversación corresponde al diálogo entre dos criadas:

“Hola Mari, ¿qué tal?
Oi, oi, Dolores, bien, ¿y tú?
¿Se te ha olvidado hablar en euskera?
Ni tan siquiera puedo pronunciar una palabra en vascuence, se me ha olvidado del todo.
¡Lo que faltaba por oír! ¿Que no eres capaz de hablar en euskera?
Qué quieres pues, la necesidad no perdona...”

La conversación entre estas dos criadas fue recogida por Azkue¹⁴ veinticinco años antes en el Arenal bilbaino, un lugar tan clasista como la misma Gran Vía. Sin embargo, veinticinco años más tarde continuaban viviéndose parecidas situaciones. Seguía siendo habitual que las muchachas del interior de la provincia que llegaban a Bilbao a trabajar como criadas acabaran perdiendo el euskera por culpa de la *necesidad*. Hay que tener en cuenta que en aquel contexto, y sin ningún tipo de protección ni ayuda, no era sencilla la tarea de conservar el euskera. A pesar de todo, también hubo excepciones. Se daban casos de muchachas que no estaban dispuestas a perder el idioma materno. Una de estas estuvo empleada en casa del euskaltzale Mikel Arrutza. Aunque la esposa de Mikel, Klotilde Sopelana, no sabía euskera, sus seis hijos siempre tuvieron la costumbre de hablar esa lengua en casa. Así nos lo ha contado Itziar Arrutza, hija de Mikel y Clotilde:

“Nuestra madre no sabía euskera y en cambio nuestra criada, Isabel Zuloaga, no era capaz de hablar correctamente castellano. De modo que a veces se producían situaciones cómicas. Isabel llegó a nuestra casa del caserío Altzuste, en Zea-nuri, con dieciséis años y tanto ella como nuestro padre siempre nos hablaron en euskera. Más tarde llegó a nuestra casa una chica de Zamudio y con ella continuamos hablando en euskera”.

¹⁴ Esta conversación está tomada del artículo *Elkar ikuste bat; bi neskatz mirabeen artean*, publicado en la revista *Euskaltzale*, el 13-1-1898.



El paseo dominical estaba bien delimitado, ya que cada clase social tenía su acera correspondiente. **Fotografía:** *Bilbao en la memoria. Imágenes de anteayer.*

Pero lo cierto es que en aquel Bilbao no era fácil conservar el euskera. En el caso de las mujeres era particularmente complicado, pues en los ambientes euskaltzales les faltaba un ámbito en el que poderse sentir identificadas mientras se comunicaban en esa lengua. Hacía tiempo que varias mujeres jóvenes estaban tratando de buscar solución a este problema, pero no encontraban el camino. En marzo de 1922 la visita de Ambrose V. Martin les permitió ver cuál podía ser la solución: la nacionalista irlandesa acudió a Bilbao a dar una serie de conferencias sobre la situación de Irlanda. No es de extrañar el éxito de estas charlas, pues hacía apenas un año que gran parte de Irlanda había logrado su independencia. Entre otros muchos temas tratados, Ambrose informó a los asistentes de que en su tierra existía un colectivo de mujeres llamado *Cumann na mBan*. Con el descubrimiento de este grupo, las mujeres de Euzko Gaztedija encontraron el referente que andaban buscando para tratar de crear un espacio propio y lograron organizarse en poco tiempo.

Una vez creada una comisión organizadora, el 7 de mayo de 1922 se convocó a una reunión a las mujeres bilbaínas. Tras esta reunión nació el colectivo Emakume Abertzalen Batza (EAB) y se definieron sus objetivos: difusión de propaganda (solo en los espacios que quedaban fuera de la actividad masculina), educación, servicios *afectivos* y beneficencia. No hay más que observar estos

objetivos para darse cuenta de que en aquel tiempo las mujeres eran consideradas como ciudadanas de segunda. Aunque hoy nos parezca escandaloso, el derecho a voto aún les sería negado en España hasta 1931. Sin embargo, en campos como el de la educación, su peso específico no paraba de crecer.

La sede de este nuevo colectivo estaba situada en los locales de Euzko Gaztedija, donde, como cada año, se organizaban los cursos de euskera. Aquel otoño de 1922 la organización de estos cursos se debió a la colaboración entre Emakume Abertzale Batza y Euzko Gaztedija. La matriculación fue un éxito: ciento treinta y cuatro bilbainos de todas las edades habían dado su nombre. El horario establecido para estas clases fue de siete de la tarde a diez de la noche, y la mayoría de los profesores eran hombres: en el primer curso Keperin Xemein, Manuel Iriondo y Benito Escauriaza; y en el segundo curso, Samuel Picaza y Jose Errazti. A pesar de todo, las mujeres comenzaron a cobrar mayor protagonismo, haciéndose cargo de algunos grupos. Por ejemplo, el grupo de siete a diez del primer curso finalmente quedó a cargo de Petra Gandarias y Antonia Oxanguren.

Pero el trabajo conjunto de Euzko Gaztedija y Emakume Abertzale Batza fue más allá de las aulas. En las reuniones de ambos grupos no paraban de surgir ideas y proyectos nuevos. Uno de estos proyectos se bautizó como *euzkeldun-orratza* (el alfiler de los euskaldunes). Bilbao se había convertido en una ciudad de 120.000 habitantes y, aunque en los barrios la gente conocía a los vecinos de siempre, cada vez eran más los euskaldunes llegados a la ciudad y los bilbainos que estaban aprendiendo euskera. Ante esta nueva situación se pensó que era importante que los euskaldunes se identificaran como tales y que asimismo se les pudiera identificar. Este fue el motivo que impulsó la venta de un producto (un alfiler para colocar en la solapa) que fuera visible. Al colocarse esta aguja uno se identificaba como euskaldun ante los demás y se podía lograr una mayor comunicación entre euskaldunes que no se conocían.

Estas insignias se pusieron a la venta en los locales de Bidebarrieta al precio de 50 céntimos y se agotaron inmediatamente. En una noticia publicada en el periódico *Euzkadi* el día 20 de enero de 1921 se afirmó que en una semana habían vendido todos los alfileres. En esta misma noticia se notificaba que sacarían una nueva remesa y se daban una serie de recomendaciones a los compradores: "Puedes empezar a usar el alfiler de los vascos desde hoy mismo. Pero no te conformes con usarlo: con los euskaldunes siempre debes hablar euskera". Muchas de las mujeres de EAB participaron en ese proyecto comprando, vendiendo y preparando los alfileres. Otro proyecto conjunto de ambos colectivos fue la formación del coro que recorrió las calles de Bilbao el día de Santa Agueda de los años 1922 y 1923. Estos actos resultaron un éxito rotundo de participación y de recaudación y parte de lo recaudado se destinó para la financiación de futuras campañas a favor del euskera.



Muchas de las profesoras de euskera estudiaron en la Escuela de Maestras de Solokoetxe. Algunas de ellas, por ejemplo Sorne Unzueta (la primera a la izquierda), trabajaron en escuelas de barriada. **Fotografía:** Bidegileak- Sorne Unzueta.

Hay que señalar que el número de euskaldunes en la dirección de ambos colectivos era muy significativo y que su influencia en la toma de decisiones era determinante. El porcentaje de euskaldunes era el siguiente: en la dirección de Euzko Gaztedija, de nueve integrantes, seis hablaban euskera; en EAB, de siete, cinco. De estas cinco, solo una había recibido el euskera por transmisión familiar, el resto lo había aprendido en la ciudad.

Una de ellas era Petra Gandarias. Al igual que otras compañeras de la dirección de EAB, como María Jesús Ibaseta, Alike Aretxabaleta, Paulina Ramos y Jesusa Fresnedo, había cursado estudios de Magisterio en la Escuela de Maestras de Solokoetxe. Las otras dos integrantes de la dirección eran Pilar Egiraun y Karmele Errazti *Etxakin*. El 15 de octubre de 1922 esta última presentó el acto de inauguración de los nuevos cursos en el local de Bidebarrieta. Karmele dividió los nuevos cursos en dos bloques: por un lado los cursos enfocados al campo profesional y artístico, esto es, los cursos de taquigrafía, mecanografía y música; por otro lado, los cursos que estaban más relacionados con la cultura y con el nacionalismo, entre los que destacaban los cursos de bailes vascos, las charlas sobre el nacionalismo, y, sobre todo, las clases de euskera.

Con el propósito de infundir ánimos a los futuros alumnos, Errazti se puso a sí misma como ejemplo, pues de niña no sabía una palabra de euskera. Su inter-

vención, pronunciada íntegramente en euskera, fue publicada el sábado siguiente en el semanal *Aberrri*. Transcribimos un fragmento de la misma:

“Los que os habéis apuntado a las clases de euskera no debéis pensar que vais a ser capaces de aprender euskera en medio año o en un año. Saber euskera es algo grande y no se consigue tan fácil. No hagáis caso a quienes os digan que aprender euskera es algo sencillo.

Los que saben euskera desde que nacen no saben apreciar el patrimonio que poseen; pero yo sé el esfuerzo que he tenido que hacer para conseguir ese tesoro. Por eso amo más al euskera que muchos de los que lo han aprendido en el regazo de su madre.

(...) Pero tampoco vayáis a creer a quienes dicen que el euskera es imposible de aprender. Para aprender euskera solo hace falta amar a la patria.”

Sin lugar a dudas, los miembros de EAB realizaron un gran trabajo infundiendo ánimos a los alumnos. Pero no había suficientes profesores para tantos aprendices. Ante esta situación, las instituciones comenzaron a tomar medidas a favor del idioma: el Ayuntamiento puso en marcha cursos de euskera en las escuelas municipales de la calle Ribera y de Indautxu, y la Diputación organizó las Escuelas de Barriada.

Como estas escuelas estaban situadas en zonas rurales pobladas mayoritariamente por euskaldunes, se empezó a exigir conocimientos de euskera a los profesores que debían hacerse cargo de las mismas.¹⁵ En gran medida, las plazas de maestro de barriada fueron cubiertas por docentes formadas en la Escuela de Maestras, fundada en 1902. Pero, a pesar de la formación recibida en esta escuela, las profesoras que acudían a estas barriadas se encontraban con un gran problema. Estas escuelas estaban muchas veces en entornos completamente euskaldunes¹⁶ en los que de poco les servía la metodología que habían aprendido, pues en muchos casos no se podía aplicar en un entorno euskaldun. En vista de esta situación, el 30 de abril de 1918, la Comisión para la Educación Pública de la Diputación decidió crear una cátedra de euskera en la Escuela de Maestras. Estas plazas se sacaron a concurso público y solo se presentaron dos curas: Manuel Ortuzar y Pablo Zamarripa. Finalmente la plaza fue para Ortuzar y en diciembre comenzó a impartir estas clases de asistencia voluntaria.

A comienzos del curso 1919-1920 Ortuzar tuvo que darse de baja durante cuatro meses por motivos de salud. Su puesto fue cubierto por Nieves Gomeza Etxebarria. Pero transcurridos los cuatro meses de baja, Ortuzar vio que su salud no mejoraba y decidió renunciar a su plaza. Por lo tanto, la Comisión para la Educación tuvo que convocar otro concurso público al que se presentaron dos

¹⁵ Cuando los nacionalistas perdieron el control de la Diputación, este requisito (el que obligaba al maestro a saber euskera), dejó de ser prioritario.

¹⁶ Muchas de ellas estaban situadas cerca de Bilbao: en Basauri las escuelas de Ariz, Kareagagoikoa y Etxerre; en Barakaldo estaba la de Castresana, en Galdakao las de Erletxe y Bengoetxe; en Sondika la de Izarza; por último, en Loiu, las de Elotxerri y Lauro.

nuevas aspirantes: Nieves Gomeza y Dolores Naberan (profesora de francés en la Escuela de Maestras). El 15 de octubre de 1920 se decidió que la plaza sería para Naberan. Además de lograr la plaza, Naberan tuvo la suerte de que ese mismo año la nómina de los docentes ascendió de 2.500 a 3.000 pesetas.

Aunque no fuera de forma espectacular, el número de matrículas seguía subiendo. Los dos primeros años fueron 34 las alumnas matriculadas; el curso 1921-1922 su número ascendió a 38 y para el curso siguiente ya eran 47. Respecto a los datos de los cursos superiores, solo hemos hallado los correspondientes al curso 1922-1923. En el primer curso había 56 alumnas, 21 en el segundo, 34 en el tercero y 23 en el cuarto. En total 134 alumnas. Una cantidad considerable, sin duda alguna.

Como se comprobó un poco más tarde, la Dictadura también tuvo en cuenta este dato: al igual que ocurrió poco antes con la Cátedra de Catalán de la Escuela de Maestras de Cataluña, su homóloga de Euskal Herria iba a conocer su cierre. Un decreto real publicado en diciembre de 1923 prohibía la enseñanza de asignaturas que no figuraran en el plan de estudios. Por lo tanto, Dolores Naberan tuvo que volver a su antiguo puesto de profesora de francés.

De la Dictadura a la *Dictablanda*

Como hemos mencionado anteriormente, la Dictadura frenó en seco muchos proyectos nacidos en defensa del euskera. La revista *Euzko-Deya* y la sección en euskera de *Euzkadi* fueron suprimidas, la Cátedra de Euskera de la Escuela de Maestras y la de Barakaldo dejaron de existir, Euzko Gaztedija fue considerada una organización ilegal, Euzkaltzale Bazkuna se quedó sin sede, etc. Todas estas medidas lograron frenar muchas iniciativas. Pero surgirían nuevas.

En vista de la persecución del euskera, los euskaltzales de Bilbao tuvieron que desistir de hacer actos de cara al público, pues las consecuencias podían ser graves. Además, hay que tener en cuenta el hecho de que algunos euskaltzales tuvieron que escapar de la Dictadura (algunos, como Luis González Etxebarri *Bingen Aizkibel*, encontraron asilo en Argentina, y otros optaron por escapar a México o Francia). Sin embargo, la actividad en torno a la defensa del euskera continuaba, aunque de manera camuflada. Por ejemplo, antes de la persecución militar contra el euskera era posible encontrar el libro *Miren Itziar*, de Tene Mujika, en al menos tres librerías bilbaínas. Este libro, que contenía 19 artículos y 23 poesías, no fue confiscado; pero, por si acaso, los libreros prefirieron colocar los ejemplares en un lugar no visible por temor a las consecuencias de enseñarlo en el escaparate.

Sin embargo, algunas instituciones pudieron seguir con su actividad. Euskaltzaindia fue una de ellas. En la oficina de la Academia continuó la labor de Azkue, Olabide, Urquijo, Eguzkitza, Altube, Intza y los demás. Trabajando en defensa del euskera pero, la mayoría de las veces, funcionando en castellano.